

Mi hermana

Por Rosario León Cuyás. Las Palmas de Gran Canaria

Afortunadamente hoy las cosas ya no son como eran, en ese sentido.

Cuando nació mi hermana, a principios de los años sesenta, las cosas aquí, en esta provincia de ultramar, no estaban muy avanzadas precisamente.

La niña nació débil, con trisomía, cardiopatía y problemas gástricos. Según me cuentan, la bautizaron in extremis en el lavamanos de la habitación de la clínica para que no se fuera al limbo aquel mismo día.

Todos los médicos la desahuciaron, todos menos uno: el doctor Luis Romero, que se volcó en atenciones, en comprensión y en ternura. Sin él, María no estaría hoy viva. Pero, frente a la desesperación de mi madre, Luis Romero puso la esperanza y lucharon, sé que lucharon denodadamente, hasta que se produjo el milagro de la supervivencia de aquella criatura delgadita y pálida que se escurría por los barrotes de la cuna, que tenía que dormir incorporada, que estuvo intubada, que utilizó unas botas ortopédicas, con barras de metal que le llegaban por debajo de la rodilla, para que no se doblaran sus frágiles piernas, que tenía falta de vista y tartamudeaba cuando empezó a hablar.

Aquella era mi hermana; la hermana que yo tanto había deseado tener, pues no me gustaba ser hija única.

Una vez que su vida dejó de correr peligro, mi madre se propuso educarla como a una niña "normal", exigiéndole todo lo que ella podía dar de sí y llamándole la atención cuando era necesario.

Con el paso del tiempo, mi hermana fue al colegio. Y con el paso del tiempo se terminó su edad escolar y comenzaron las clases particulares. Aprendió a leer, aunque no a escribir.

Vio pasar generaciones de primos por su lado; primos que iban creciendo y distanciándose por el curso natural de la vida. Primos que terminaban carreras, se casaban y tenían hijos, mientras que María seguía viviendo con mis padres, oyendo música y viendo su adorada televisión. La televisión ha sido para ella una inagotable fuente de entretenimiento y de adquisición de conocimientos.

Insensiblemente, María se convirtió en el centro de mi casa: cada pequeño progreso, cada nueva gracia, eran relatados con enorme entusiasmo por mi padre, que siempre decía que su hija menor era un angelito.

Nadie me explicó con claridad lo que le sucedía a mi hermana. Una vez en la calle, una mujer indiscreta me preguntó si mi hermana era mongólica, y yo le contesté que no, que mi hermana no era china, que era española. Al llegar a casa comenté la anécdota y pregunté qué tenía mi hermana de especial: nada, un poco de raquitismo, fue la respuesta.

Supongo que de forma natural fui comprendiendo poco a poco lo que pasaba. Desde luego, lo que sí comprendo hoy es que mi madre no me desatendió, sino que tuvo que volcarse en ella para su supervivencia.

La vida de mis padres giraba en torno a ella. Le entregaron su vida y sus desvelos. Mi padre, sentado en su sillón leyendo la prensa u oyendo la radio; mi madre, en el sofá, junto a María, leyendo sus libros. Y María, junto a ellos, hablando con ellos o hablando sola. Desayunando, almorzando y cenando siempre juntos, yendo a misa juntos, a comer fuera juntos, a la casa de mi prima Saro los domingos, juntos...

Y yo fui también creciendo, mientras se entretejían entre mi hermana y yo unos lazos indisolubles, con nuestros juegos, con nuestras canciones, con nuestras cosas, a pesar de que yo no me ocupaba mucho de ella por aquel entonces.

Yo me dediqué a vivir mi vida: la universidad, la emancipación, el primer trabajo...



María y Saro

Los años siguieron pasando y mis padres se hicieron ancianos. Y ahí seguía María José, con toda su ternura, con toda su alegría. Ya no podía distinguirse quién acompañaba a quién; quién se ocupaba de quién.

María se acercaba por detrás al sillón de mi padre, y le acariciaba el pelo blanco, le acercaba las zapatillas o le alcanzaba las gafas. Y con mi madre era muy dulce, muy tierna, enormemente afectuosa.

Entre los tres formaron un círculo de amor que se retroalimentaba, que siempre estaba presente, y que para mí se ha convertido en la fuente de la que hoy bebo y en cuyas aguas me miro.

Mis relaciones con mis padres fueron conflictivas por razones obvias, entre otras porque yo era mucho más joven que ellos y porque les di bastantes disgustos, muchos de ellos propios de la irreflexión y el egoísmo, y otros inevitables por el choque generacional.

Pero llegó un día en que todo se disipó. Mis padres, ahora ancianos, necesitaban de mí, y yo de ellos, y me mudé a vivir a su casa.

Al cabo de unos años murieron y yo, que ya llevaba tiempo ocupándome también de mi hermana, me encontré huérfana –iqué frío da ser huérfano! – y responsable de ella.

¡Cuánto me pesó al principio! Yo no tengo hijos y las enfermedades de mis padres fueron largas y, supongo que de una forma inconsciente, algo en mí esperaba que, después del momento tristísimo de sus respectivos entierros, yo volviese a “mi vida”, a mis hábitos, a mi propio ritmo. Pero no fue así. Y sentí vértigo y un cansancio anticipado, y probablemente un oculto y profundo rechazo de la realidad que me estaba tocando vivir.

De repente, me sentí torpe en el trato para con mi hermana, que siempre había sido natural. Ahora comprendo que la estaba tratando con el envaro con que hubiese tratado a una visita

imprevista, inoportuna y molesta. María José estaba de visita en mi vida. Allí estaba, con todas sus maletas, con todas sus características y necesidades instalada en mi vida sin preguntar primero; vacía, como yo, desolada, como yo, tras la muerte de nuestra madre.

Y aquella vida dependía de mí. ¡De mí!, que siempre había huido de las ataduras, de los horarios, de las rutinas...

Aún hoy no sé cómo lo hice, aunque secretamente pienso que ayudada por el ángel de la guarda, y por mis padres, a quienes me encomendaba –y me encomiendo– sin cesar. Lo cierto es que nos instalamos la una en la existencia de la otra, apretaditas, estrechamente unidas.

Y lo cierto es que han pasado los años y que cada día la quiero más –lo que me parece asombroso porque no comprendo cómo puede seguir creciendo algo que ya es tan grande–.

Y lo cierto es que a veces me canso y me compadezco de mí misma, y que mucha gente piensa que soy buena y sacrificada. Pero no es cierto, no es exactamente así.

Mi hermana adjetiva en exceso cuando habla y, al referirse a mí, lo hace siempre diciendo “mi mejor” hermana. Yo no dejo de decirme con frecuencia que ella ignora cuán equivocada está. Yo no puedo ser una “mejor hermana” porque soy displicente y egoísta y porque estoy llena de defectos. Sin embargo, cada día creo más sinceramente que ella sí que es la mejor hermana que yo hubiera podido soñar jamás.

La que es verdaderamente buena es mi hermana María. No tiene un ápice de maldad. Si en algo es “discapacitada” es en su absoluta incapacidad para lo que llamamos mal: no tiene envidia, no alberga malas intenciones, es pacífica, es pura en el mejor sentido de la palabra.

No quiero adornar con falsas florituras una realidad que, en ocasiones, puede pesar como una losa de mármol sobre los hombros. Ella depende total y absolutamente de mí, y sólo me tiene a mí. Y eso significa que, para cada paso que yo, bohemia y caprichosa, quiera dar, tengo que contar inexorablemente con ella. A lo largo del día puede preguntarme más de veinte veces las mismas tres o cuatro preguntas que todos los días repite: ¿en qué piensas? ¿estás feliz? ¿qué vas a hacer mañana? ¿me dejarás ver la televisión?...

Y ahora, que me han pedido que escriba estas letras, me pregunto a mí misma: ¿Y qué habría sido de mí sin este ser tan tierno a quien cuidar? ¿No me habrá salvado ella a mí de la locura, del extravío en este misterio que llamamos vida? ¿No me estará redimiendo de mí misma, de un más que posible sinsentido de mi existencia?

Y tengo que decir, con el corazón en la mano, que creo que sí.

Que cuando sus manitas, que aún a sus cuarenta y cinco años siguen siendo pequeñas, me acarician, me quitan el pelo de la cara o me atan un lazo desatado, no me siento sola en el mundo.

Que ella es mi memoria y es mi hogar, que es la persona que más incondicionalmente me quiere en la Tierra; que me enseña, que hace brotar en mí lo mejor que yo pueda tener como persona, que lo educa, que lo encauza, que lo temple y que lo pule. Y que le pido siempre a Dios, aunque me digan todos que es absurdo, que nos muramos las dos a la vez, que nos lleve a las dos al mismo tiempo, porque no quiero dejarla atrás, es cierto, pero, sobre todo, porque no quiero que ella me deje a mí.

Y si la finalidad de estas letras, que escribo como sin pensar y con bastante vergüenza, es animar a otros padres y a otros hermanos de personas con síndrome de Down, yo no sé cómo será en otros casos, pero créanme que hay algo milagroso en todo esto. Algo profundo, prístino y genuinamente risueño y esperanzador. Y que le doy las gracias a mi hermana por ser mi hermana, y a mis padres por haberme dado este regalo que ha sido ella en nuestras vidas y que lo sigue siendo en la mía.